

UNA DERRROTA DE DRAKE ANTE LISBOA

Agustín R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
del Círculo Naval Español



RECORDARÁ el amable lector cómo hace ya algún tiempo dábamos somera cuenta en estas mismas páginas (número de diciembre de 2000) del fracaso de la «Invencible» inglesa o «Contra Armada» que, al mando de Sir Francis Drake y en el año de 1589, fue rechazada contundentemente en La Coruña primero y en Lisboa después. Recordará también cómo, y aparte de los combates terrestres, la campaña se dio en un momento de especial debilidad naval de la monarquía de Felipe II, pues los buques supervivientes de la «Jornada contra Inglaterra» aún reparaban en puertos del Cantábrico, mientras que sus extenuadas dotaciones todavía no se habían recuperado. Por ello no quedaban para vigilar las costas ibéricas más que las habituales escuadras de galeras, demostradamente inferiores en combate a los galeones, con su habitual misión de reprimir el corso berberisco. Y sin embargo, aquellas galeras bastaron para producir serias bajas e inconvenientes a la flota de invasión, que en nuestro artículo de entonces sólo apuntábamos someramente y que ahora nos proponemos detallar.

La intentona de Lisboa

Como es sabido, y tras su revés ante La Coruña, la flota angloholandesa, de más de 150 velas, llegó ante Peniche el 26 de mayo, y tras un agitado desembarco por la mala mar, que costó 14 barcasas hundidas y más de 80 ahogados pese a no encontrar apenas resistencia, puso pie en tierra, obteniendo la rendición del castillo de aquella localidad, pues su gobernador era partidario de Antonio de Crato, aspirante al trono portugués y que iba en la fuerza de invasión. Tras algunas escaramuzas, el ejército desembarcado, de al menos diez mil hombres al mando de Norris, se puso en marcha hacia Lisboa.

Mientras, la escuadra de Drake debía forzar la boca del Tajo, y ser el segundo brazo de la tenaza que hiciera caer la bella capital portuguesa, mientras se contaba con la «quinta columna» de los partidarios de don Antonio entre la guarnición y población lisboeta. Como para confirmarlo, a poco se rindió sin resistencia el castillo de Cascaes.

Pero, y pese a tan brillantes auspicios, la campaña no tardó en fracasar: de un lado los servicios de inteligencia de Felipe II no tardaron en identificar y neutralizar a los comprometidos con los invasores, poniendo a buen recaudo a uno y ejecutando sumariamente a tres, con lo que esa colaboración quedó descartada.

En cuanto al ejército de Norris, tuvo que hacer una dura marcha de 75 kilómetros hasta Lisboa, carentes de provisiones y hasta de agua, debiendo los soldados cargar con pertrechos, municiones y hasta piezas de artillería, pues la expedición había sido mal preparada en la optimista presunción de que serían provistos de todo por los portugueses. Pero el mando español, el conde de Fuentes, llevó a cabo una clásica política de «tierra quemada», no dejando nada de utilidad para los invasores, mientras que los aldeanos no parecían estar muy entusiasmados con la llegada de aquellos presuntos «libertadores», que, además de herejes, llevaban años saqueando las costas y buques portugueses. La abrumada columna invasora fue además constantemente hostigada por destacamentos mixtos hispano-portugueses, que les causaron centenares de bajas y la pérdida de tres banderas que estuvieron en la catedral de Sigüenza largos años como ofrenda de sus agradecidos vencedores.

Y cuando el 4 de junio los agotados invasores estuvieron frente a Lisboa, se encontraron que la ciudad no daba en absoluto muestras de debilidad ni de estar dispuesta a capitular. Lo cierto es que no sobraban las fuerzas defensoras, y que se temía por la lealtad de los portugueses pero, reuniendo todo lo aprovechable, se juntaron en torno a siete u ocho mil hombres, que, pese a todo, fueron más que suficientes.

En el puerto había no menos de 40 embarcaciones de vela, más o menos armadas, al mando conjunto de Matías de Alburquerque, pero sus dotaciones fueron mejor empleadas en completar las fuerzas terrestres y guarnicionar las baterías de la entrada al puerto. Mayor importancia tenía la escuadra de galeras de Portugal, unos 18 buques, al mando de Alonso de Bazán, hermano del gran don Álvaro fallecido dos años antes en vísperas de la «Invencible».

También las galeras estaban escasas de personal debido a las necesidades en el frente terrestre, pero don Alonso supo hacer un buen uso de ellas, según relación oficial de entonces: «...las galeras desde el río les hicieron mucho daño y los desalojaron y su mosquetería mató bastantes soldados y el capitán Monfrui con su galera, quedando de guardia en Lisboa, les mató mucha gente con su artillería y les desalojó del convento de Santa Catalina, donde se habían mudado».

Aquí no quedó la cosa, pues a la noche siguiente, don Alonso simuló un desembarco en la retaguardia enemiga, poniendo los esquifes (botes de las galeras) llenos de gente en el agua, disparando y haciendo todo el ruido posible, con lo que, puesto en conmoción el campamento inglés y delatando su posición por las antorchas y mechas de las armas encendidas, fue duramente batido por las galeras, que «hicieron mucho daño sin recibir ninguno».

Al día siguiente se observó que el enemigo se dirigía al asalto, encaminándose por Alcántara. Pero «las galeras dispararon muchos cañonazos e hicieron mucho daño, porque dieron los balazos en medio de su campo, por cuya causa se alargó (apartó) de la Marina y se encubrió de manera que las galeras no le pudieran ofender, aunque mataron muchos».

De vuelta a la boca de entrada al puerto, las galeras volvieron a batir Santa Catalina «con lo que le hizo mucho daño a lo que después se entendió de los presos que de ellos se tomaron, que fueron muchos, que todos dijeron que las galeras habían hecho gran daño y lo que más temían eran ellas». Como remate, don Alonso desembarcó trescientos soldados para hostigar aún más eficazmente al enemigo, y más hubiera podido hacer pero se le negaron los refuerzos de mil hombres que pedía y que hubieran podido aumentar el revés británico.

A todo esto, Drake no se decidía ni a cumplir su parte forzando la entrada en el puerto, lo que aunque costoso hubiera asegurado la victoria, ni al menos alejar a las galeras que tan duro castigo y tantas dificultades estaban causando al ejército, y ni siquiera pudo impedir que el día 11 entrara en Lisboa, conduciendo mil infantes de refuerzo, la escuadra de galeras de España, un total de nueve unidades al mando del adelantado de Castilla, Martín de Padilla. Esta indecisión de Drake le valió los más duros reproches de Norris y de don Antonio, pero nada se resolvió y, visto que la empresa había fracasado, se decidió el reembarque de las tropas el 16 de junio.

Los mandos españoles, desde el mismo virrey de Portugal, el archiduque don Alberto y el ya citado conde de Fuentes, prefirieron no arriesgar sus nada fuertes tropas de tierra, dudándose además de la lealtad de los oficiales y soldados portugueses, por lo que estimaron más prudente tender el consabido «puente de plata» limitándose a hostigar la retirada, aunque cogieron bastantes prisioneros, pertrechos, artillería y hasta los papeles de don Antonio con una lista de los implicados en la conspiración.

Las galeras a la caza

Pero los marinos, y especialmente Padilla, no estaban dispuestos a que el enemigo tuviera franca la huida y, así salió con sus galeras, seguidas de las de Bazán, a estorbarles en lo que pudiera. Padilla era todo un veterano de galeras, pues ya en 1567 tenía el mando de cuatro (era «cuatralbo») de las de la escuadra de Sicilia, y había luchado en el Mediterraneo contra turcos y berberiscos, y más recientemente en el Estrecho y Atlántico contra los corsarios ingleses.

El 18 de junio, la Armada inglesa, más de 210 buques contando con las presas de mercantes (la mayoría neutrales que luego tuvo que devolver) que había hecho durante la travesía y estancia frente a Lisboa, zarpó con viento flojo, siguiéndola la veintena larga de galeras. Pero la Armada estaba a barlo-

vento y éstas no podían luchar frontalmente con un enemigo tan superior. Sin embargo, una de las presas, un buque francés cargado de trigo (y las provisiones faltaban ya seriamente entre los frustrados invasores) aprovechó la ocasión para huir, siendo rescatado por las galeras. Al día siguiente, tres galeras al mando de Padilla liberaron a otro francés; a los rescatados se les dio como compensación el que pudieran desvalijar a la dotación de presa inglesa, y se aprovecharon de tal modo que los españoles anotaron asombrados «que aún les querían quitar el pellejo».

Poco después se descubrió una urca holandesa aislada, yendo sobre ella las galeras de Francisco Colón y de Juan Portocarrero, apresándola sin lucha y entregando los holandeses otros cincuenta marinos y soldados ingleses de la dotación de presa. Como lo habían hecho sin lucha, y aunque parecían rebeldes, se dejó a los holandeses en libertad, entrando a continuación en Lisboa a comerciar.

«Y de estos ingleses se entendió que la armada iba a Cádiz, y visto esto, el adelantado envió a pedir licencia al archiduque para ir con todas sus galeras a impedirselo. Su Alteza le dió licencia con tal que no llevase más de tres galeras de las suyas». De nuevo las excesivas precauciones del mando supremo impedían la explotación del éxito.

Pero Padilla no se arredraba, y con aquella pequeña escuadrilla siguió a la encalmada flota enemiga, llegándose a meter en su formación por la noche, pasando desapercibido, y hasta envió con un esquite a un capitán inglés católico a que se pusiese al habla con los buques enemigos para saber de sus planes. Nada se pudo aclarar, pues era proverbial (y así lo dice el propio informe que reseñamos) el que Drake no diera indicaciones a sus subordinados de sus planes hasta poco antes de llevarlos a cabo, pero Padilla pudo al menos comprobar la pobre disciplina de la flota enemiga y el mal estado de salud y de moral de sus dotaciones.

Decidido a sacar partido de la debilidad enemiga, Padilla partió de nuevo al día siguiente con su galera capitana, con la patrona de Juan de Portocarrero y las *Peregrina*, *Serena*, *Leona*, *Palma* y *Florida*, en total siete unidades, que, ganando el barlovento al enemigo, se lanzaron sobre los buques aislados de éste. Sucesivamente cayeron en sus manos cuatro urcas del enemigo, de entre 300 y 500 toneladas (buques muy respetables para la época), un patache de 60 toneladas y una lancha auxiliar de veinte remos.

Como era táctica habitual en las galeras ante buques de alto bordo encalmados, los batieron por proa y popa, eludiendo así los costados, donde éstos tenían su principal poder artillero. El de las galeras nos es conocido por un listado de la época, y era tan somero como lo habitual: la capitana llevaba un cañón a crujía, dos medios cañones y dos sacres; la patrona tres medios cañones y dos pedreros, y la *Peregrina*, por ejemplo de las galeras normales, uno aún más modesto: un cañón, un sacre, tres falconetes y un pedrero. Para los no entendidos recordaremos que sólo eran de gran calibre los cañones y

medios cañones; los sacres eran culebrinas pequeñas, es decir, de escaso calibre pero gran alcance, y en cuanto a pedreros y falconetes, se trataba de piezas ligeras sólo útiles contra el personal y aparejos.

Pese a todo ello, el fuego español, apoyado por mosquetes y arcabuces, barrió las cubiertas enemigas. Según relaciones inglesas, Caverlys, capitán de un buque de Plymouth, murió en el combate, y otro más, Minshaw, prefirió morir abrasado con su buque y toda la dotación antes de entregarse. En total iban en los buques ingleses, según declararon los prisioneros, unos setecientos hombres, de los que 130 quedaron vivos y presos, entre ellos tres capitanes, un oficial de ingenieros, un alférez y varios pilotos. Los españoles sólo perdieron por su parte dos muertos y diez heridos, uno de ellos un oficial. Las presas fueron incendiadas o echadas a pique a cañonazos.

Ante tal desastre, el enemigo no podía por menos que reaccionar y así «la capitana de Drake y otra capitana grande en que viene el general de tierra y algunos navíos de los gruesos trabajaban en recoger su armada y toda ella tenía tanta gente enferma que fue menester no poco trabajo, pelearon todos cinco navíos que he dicho y todas las demás reales que les tenían cerca los ayudaban con la artillería, especialmente la capitana que la remolcaban dos lanchas muy bien armadas».

El combate duró desde el amanecer hasta «dos horas después del mediodía», y pese a la aplastante superioridad artillera inglesa, lo cierto es que las galeras, especialmente la capitana, apenas recibieron algún que otro balazo sin consecuencias, debido indudablemente a la gran distancia a que se combatió, y con todos sus esfuerzos y remolques, lo único que consiguió Drake fue que los españoles no se decidieran a llevarse sus presas, sino a quemarlas o hundirlas, como ya se ha mencionado.

A las cinco de la tarde por fin saltó el viento, y los aliviados ingleses pudieron largar velas y dejar aquellas aguas que les habían sido tan funestas. A Martín de Padilla se le habían unido una hora antes tres galeras más, procedentes de El Puerto de Santa María con refuerzos de infantería, así que, reuniendo su escuadra, puso proa al cabo de San Vicente, recelando que el nuevo destino de Drake fuera una intentona sobre Cádiz.



Francis Drake.

Como es sabido, el nuevo objetivo de Drake no era el puerto andaluz, sino las Terceras, según le indicaban las órdenes de la reina, y donde se contaba con apoderarse de alguna isla para colapsar así las comunicaciones marítimas españolas. Pero la débil intenciona de la castigada y desmoralizada escuadra apenas tuvo importancia, como la posterior sobre Vigo, ya en franca desbandada de vuelta a Inglaterra.

Pero aún perdió Drake algún buque más, y no sólo por los temporales y por las diezmadadas y enfermadas dotaciones: las galeras de Alonso de Bazán capturaron a tres de los rezagados, y la escuadrilla de zabras (pequeños y ligeros buques de exploración) al mando de Diego de Aramburu otros dos más, que condujo a Santander.

Conclusión

Y así acabó la mejor oportunidad de la Inglaterra de Isabel Tudor de propinar un golpe demoledor a la monarquía de Felipe II, cuando sus galeones todavía no estaban disponibles tras la desastrosa jornada de la «Invencible» y sólo se disponía de las galeras para defender las costas.

Un puñado de aquellas galeras, mandadas con decisión y valor, pese a su fragilidad y escasa artillería, fueron capaces de arrebatar tres presas a la escuadra enemiga, hundirle cuatro embarcaciones de gran o mediano tamaño y dos más pequeñas, a un coste casi simbólico y ante la vista de un impotente Drake.

Hechos así bien merecen la pena ser recordados.

BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*. Madrid, Museo Naval, 1972, tomo III, capítulo III, págs. 41-51.
- GONZÁLEZ-ARNAO CONDE-LUQUE, Mariano: *Derrota y muerte de Sir Francis Drake. La Coruña 1589-Portobelo 1596*. Xunta de Galicia, La Coruña, 1995.
- Colección Navarrete: *Relación de lo que ha sucedido a las galeras de España que están a cargo del Adelantado Mayor de Castilla*. Museo Naval, tomo V, fols. 59-61, y *Relación de lo que sucedió en el reino de Portugal a la Armada Inglesa...*, tomo V, fols. 62-66.
- Colección Sanz de Barutell: *Relación de la artillería de las galeras de España*. Museo Naval, MS 391, fol. 1070.